

7-11 años

COLECCIÓN Caminos del SUR

serie El gallo pelón

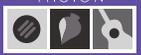
Beatriz Pineda Sansone
Ilustrado por Marcus Vinicius Koshiro Matumoto

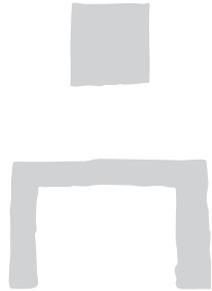
La aventura — nunca — imaginada de un lápiz



Fundación Editorial

elperroylarana

MISIÓN

Cultura • Venezuela
¡Corazón adentro!



© Beatriz Pineda Sansone

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: 0212-768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

comunicacionesperoyrana@gmail.com

atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Twitter: @perroyranalibro

Diseño de colección: Mónica Piscitelli

Ilustraciones: © Marcus Vinicius Koshiro Matumoto

Edición: Yanuva León

Corrección: Yanuva León y Juan Pedro Herraiz

Diagramación: David Dávila

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2018001958

ISBN: 978-980-14-3275-3

La aventura nunca imaginada de un lápiz

Colección Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.

Beatriz Pineda Sansone

La aventura nunca imaginada de un lápiz

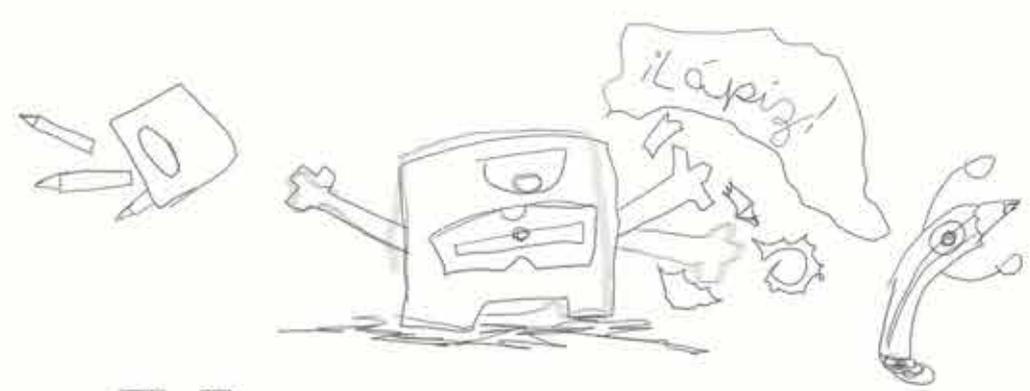
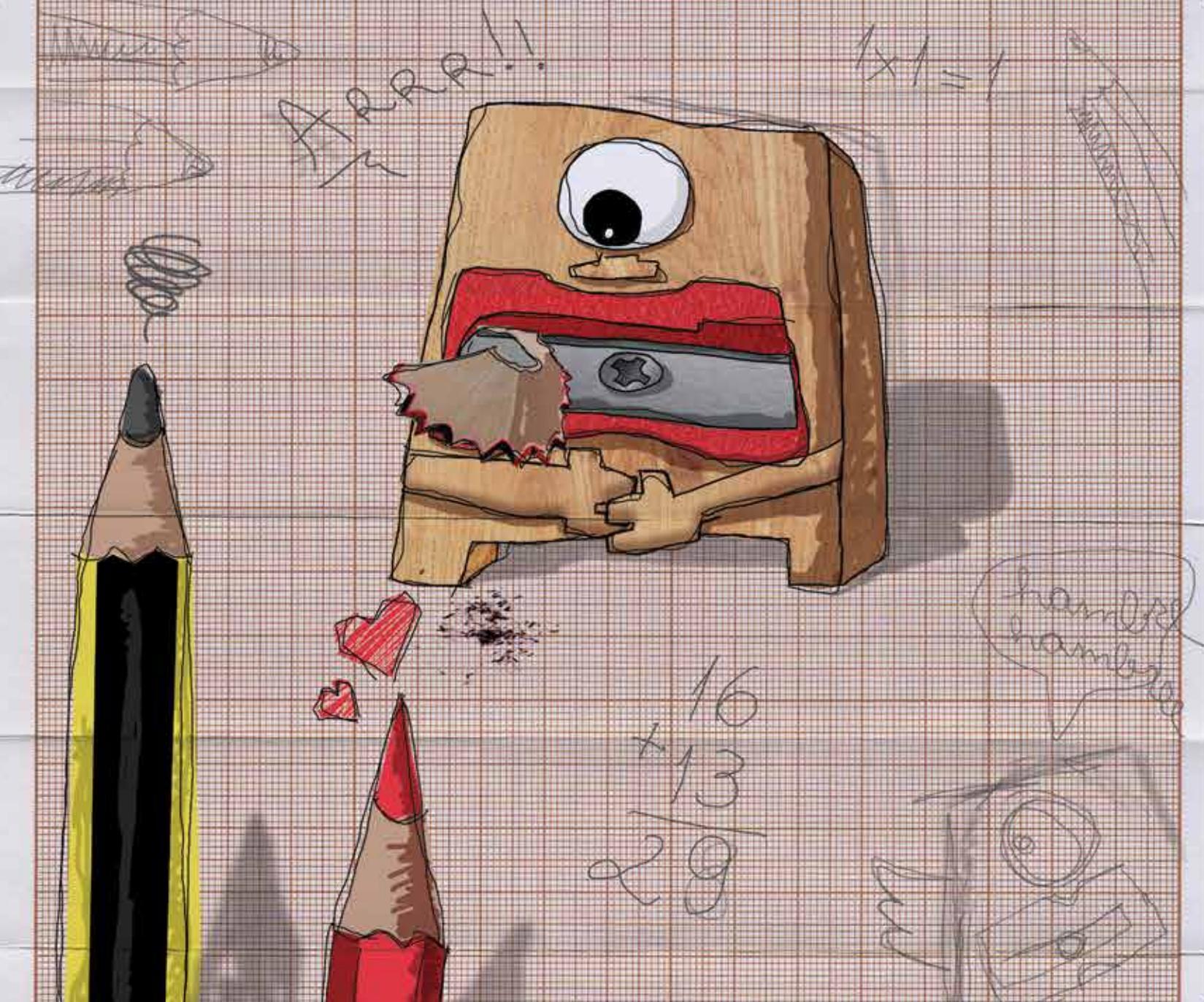
Ilustrado por Marcus Vinicius Koshiro Matumoto

Fundación Editorial

elperroylarana

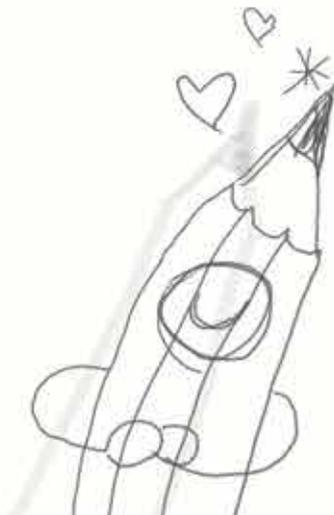
MISIÓN

Cultura • Venezuela
¡Corazón adentro!



Veníamos todos juntos en un hermoso estuche de cartón. Nos despidieron vestidos de amarillo, con sombrerito de goma y corbatín negro.

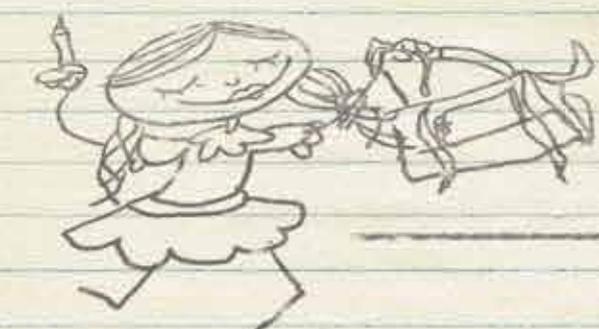
No pasó mucho tiempo cuando sentí que una mano inquieta me eligió, yo iba guardado en una bolsa de papel; luego con delicadeza, la misma mano giró mi cuerpo y me introdujo dentro de una caja pequeña atravesada por una hojilla; de allí salí con la nariz bien afilada.

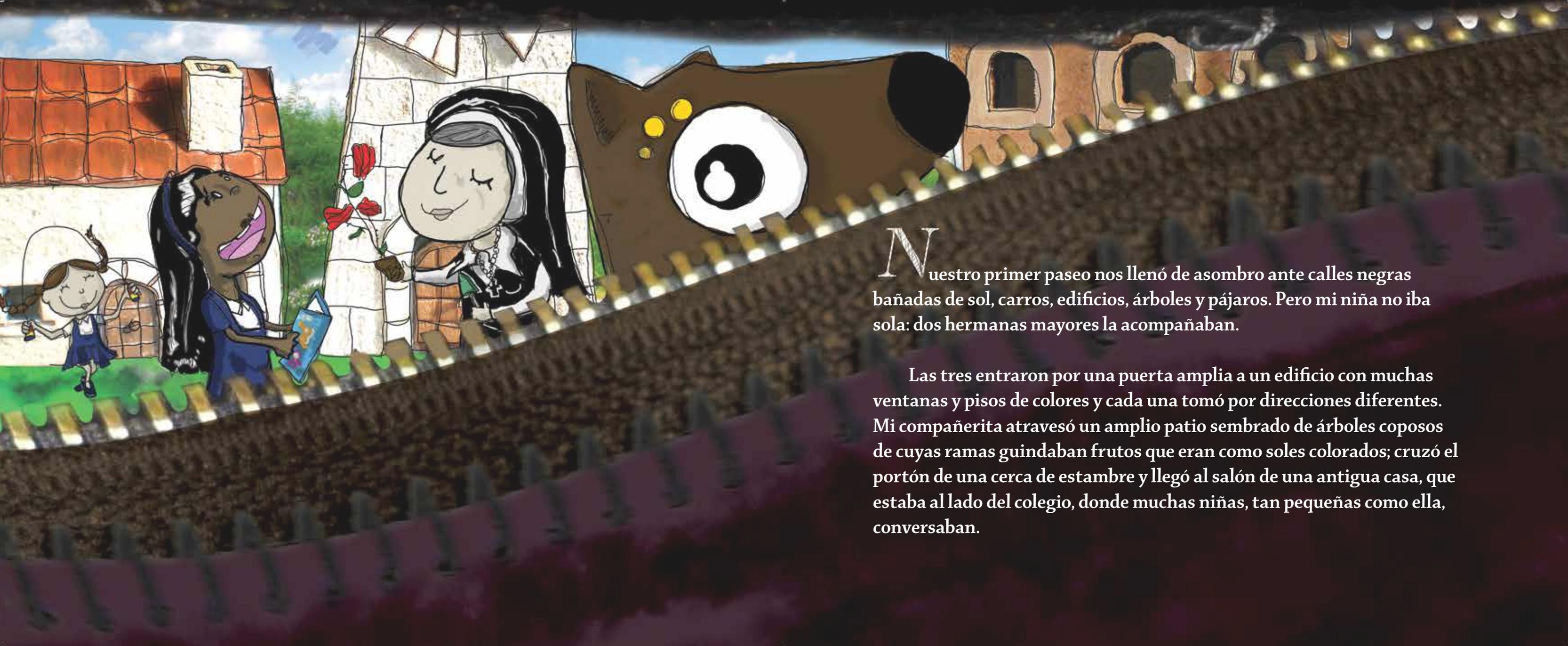




La mano que me escogió era de una niña, quien me colocó, más tarde, en otro lugar, donde me reuní con familiares de variados colores y tamaños. Un tío regañón que tiene la manía de limpiar los signos que hacemos, me entretuvo con sus historias toda la noche.

Presentí que esa niña sería mi primera compañera de viaje y así fue. A la mañana siguiente, me llevó con todos mis compañeros a un maletín de cuero pequeño.



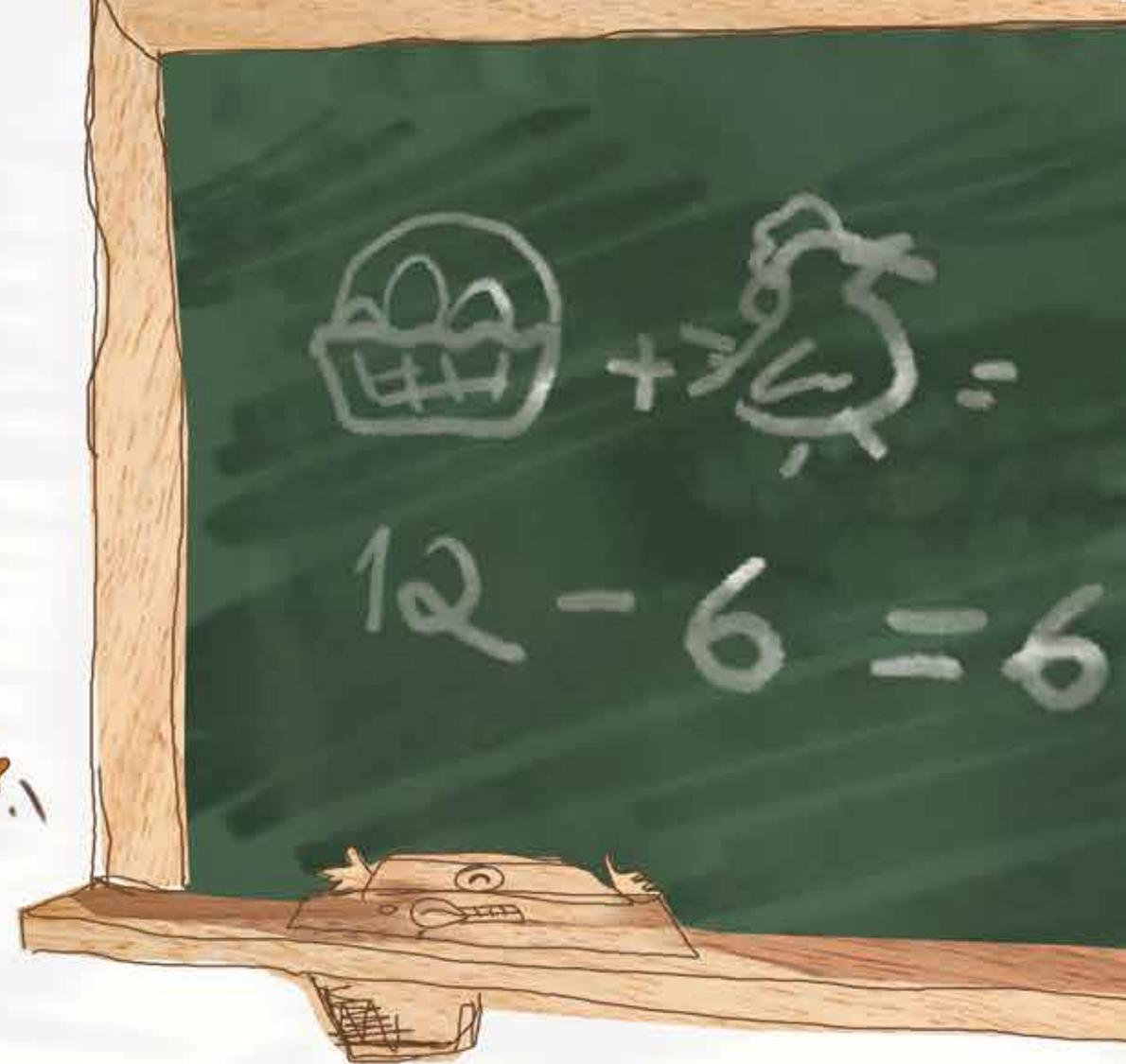


Nuestro primer paseo nos llenó de asombro ante calles negras bañadas de sol, carros, edificios, árboles y pájaros. Pero mi niña no iba sola: dos hermanas mayores la acompañaban.

Las tres entraron por una puerta amplia a un edificio con muchas ventanas y pisos de colores y cada una tomó por direcciones diferentes. Mi compañerita atravesó un amplio patio sembrado de árboles coposos de cuyas ramas guindaban frutos que eran como soles colorados; cruzó el portón de una cerca de estambre y llegó al salón de una antigua casa, que estaba al lado del colegio, donde muchas niñas, tan pequeñas como ella, conversaban.

Cada niña tenía asignado un pupitre. Mi niña llegó hasta su puesto, colocó su bulto al lado del escritorio, lo abrió y sacó un paño amarillo para limpiar el velo de polvo que revelaba su ausencia el día anterior, luego levantó el bolso donde me encontraba.

Aquella mesa tenía una hendidja, especialmente diseñada para mí, desde allí podía observarlo todo. Ese día viví momentos que nunca olvidaré. Aquel lugar me permitió presenciar la salida de otro compañero que venía en distinto estuche: una moneda brillante de plata que jugaba en las manos de mi pequeña, esperando que llegara la alcancía.



La alcancía era una caja pequeña de metal con una ventana muy angosta en la parte de arriba, donde se guardaba el dinero.

El timbre cantó tres veces bajo la brusca presión de la monja, quien reclamaba silencio.





*P*ensé que mi primer día de viaje sería aburrido. Todo marchaba lentamente, y yo tenía deseos de trabajar, porque estaba lleno de inquietudes. Mi familia me había advertido sobre las fascinantes aventuras que se viven en las manos de los chicos.

Las niñas rezaron sus oraciones, y luego la alcancía comenzó a pasear en las manos de la hermana Trina, fila tras fila, para recoger la limosna diaria.

Aquella monja era una tiza blanca que se desplazaba por largos y angostos pasillos entre pupitres. Pero al llegar el turno a nuestra fila, mi niña descubrió algo en el rostro de la hermana que la hizo temblar y recogerse como un jazmín amenazado por un rayo fulminante de luz.

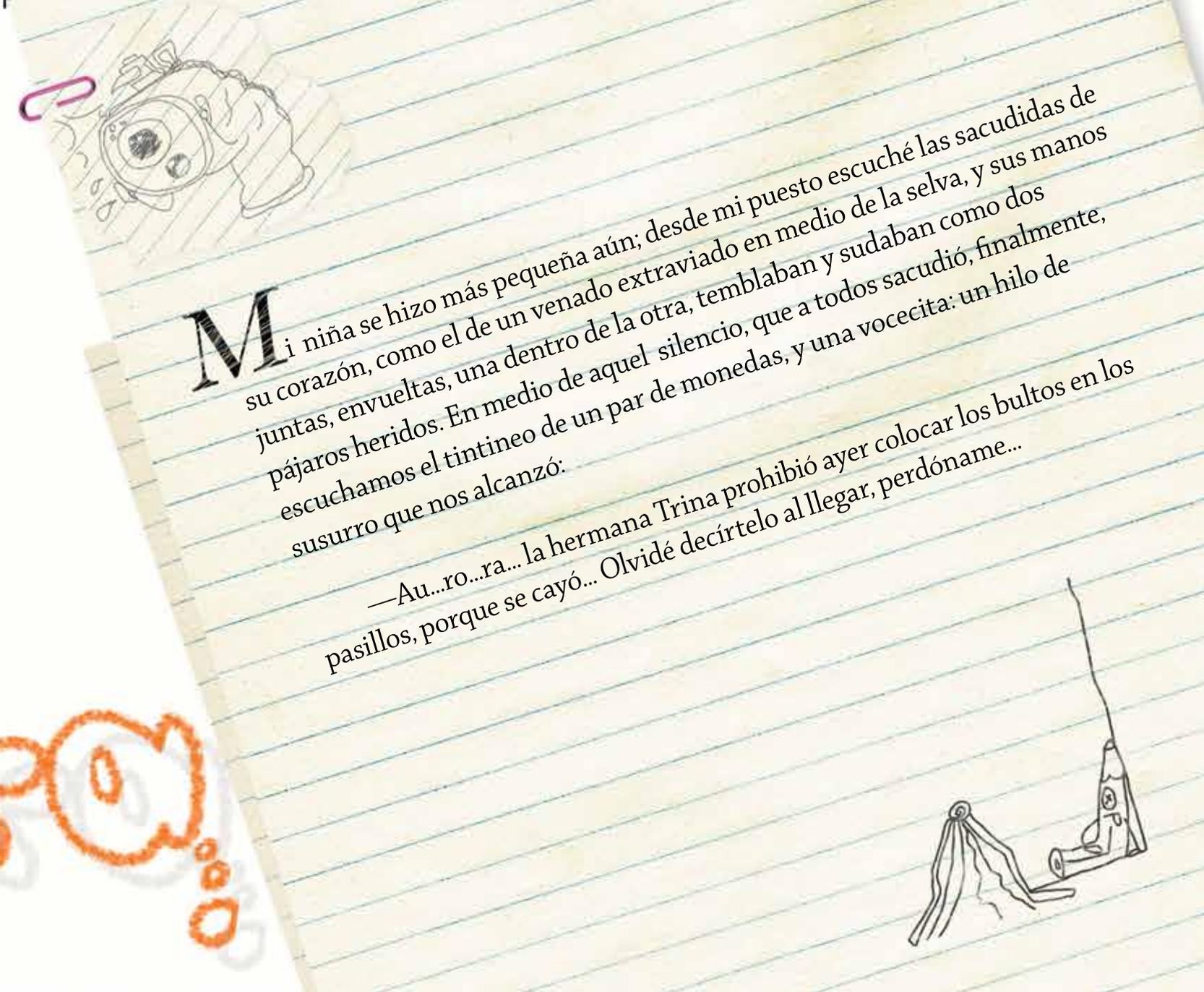


La hermana Trina había descubierto algo, no sé qué, y se dirigía hacia nosotros a toda prisa y llena de rabia. Su rostro blanco, ahora rojo, estaba inflamado, deformado por una mueca severa, y sus gruesos lentes comenzaron a arrastrarse, perezosamente, hasta la nariz. Cuando llegó hasta nuestro puesto, se inclinó, y con profunda ira levantó el bulto de mi pequeña y lo lanzó hacia la puerta de entrada del salón.



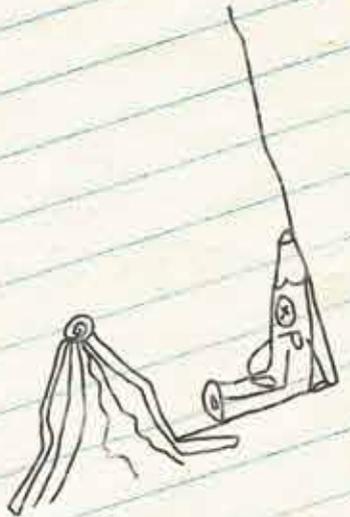
Asustado por el gesto de la hermana, fui testigo mudo de la inesperada y brusca salida de todos los que viajaban conmigo en aquel maletín: cuadernos y libros, algunos de los cuales desprendieron sus lomos en el aire; colores que al caer perdieron sus narices; y el estuche plástico que causó un gran estruendo.

Todo aquel ruido levantó, además, el murmullo de asombro de cuarenta niñas que presenciaban el gesto de la hermana.



Mi niña se hizo más pequeña aún; desde mi puesto escuché las sacudidas de su corazón, como el de un venado extraviado en medio de la selva, y sus manos juntas, envueltas, una dentro de la otra, temblaban y sudaban como dos pájaros heridos. En medio de aquel silencio, que a todos sacudió, finalmente, escuchamos el tintineo de un par de monedas, y una vocecita: un hilo de susurro que nos alcanzó:

—Au...ro...ra... la hermana Trina prohibió ayer colocar los bultos en los pasillos, porque se cayó... Olvidé decírtelo al llegar, perdóname...



Era Sylvia, la mejor amiga de mi pequeña. Fue así como supe que se llamaba Aurora.

El murmullo de la otra niña llegó a tiempo aún para devolvernos a tierra, para aplacar un poco el pesar, la vergüenza, y, sobre todo, para defender a mi niña de las mil interrogantes que se hacía, que la acosaban como lobos hambrientos:

—¿Qué hice mal para que mi bulto fuera tirado así..., al patio...? ¿Qué hice...?



Aurora no tuvo valor para mirarla, porque tenía los ojos vencidos por el peso de mucha agua. Cuarenta miradas la acosaban, pero solo yo presencié dos gotas rodar por sus mejillas.



Todos los que salieron del bulto con el aventón, fueron recogidos por las compañeras de clase.

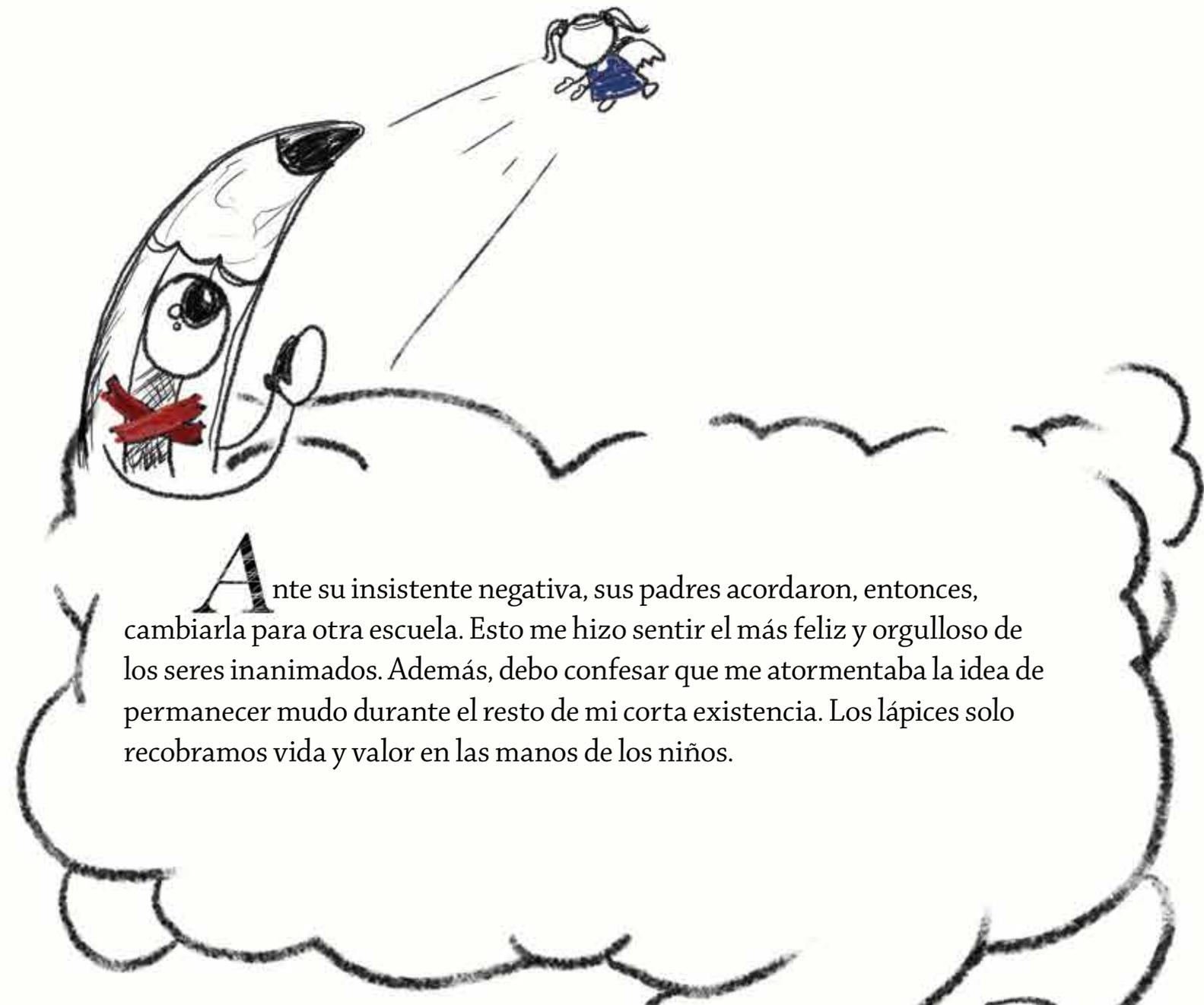
Sonó el timbre y Aurora me levantó con un gesto automático y me guardó con cautela en el bolsillo de su uniforme.

Aquel día negro terminó y mi pequeña, triste y en silencio, se marchó a casa con sus hermanas.

De regreso no hubo palabras; unas iban hambrientas; y otra impresionada.



No podré olvidar que a partir de ese día el quebranto de Aurora no le permitió estudiar, ni escribir, tampoco quiso volver al colegio. Tan notorio era su desaliento, en vivo contraste con su habitual entusiasmo por hacer las tareas, estudiar y jugar, que sus padres alarmados fueron a reclamar ante la Dirección del plantel. Pero ninguna excusa hizo cambiar la decisión de mi niña, firme como una fortaleza amurallada.



Ante su insistente negativa, sus padres acordaron, entonces, cambiarla para otra escuela. Esto me hizo sentir el más feliz y orgulloso de los seres inanimados. Además, debo confesar que me atormentaba la idea de permanecer mudo durante el resto de mi corta existencia. Los lápices solo recobramos vida y valor en las manos de los niños.

A la siguiente semana nos encontramos sentados entre nuevas niñas. Yo en lugar de honor, frente a ella, dispuesto a emprender, en su mano inquieta, una aventura prometedora: el diario.

Aurora había comenzado a escribir las pequeñas batallas que a su corta edad iba librando. Y aquel cuaderno comenzó a llenarse y aunque yo era cada vez más pequeño, porque escribía y borraba, y volvía a escribir y de nuevo volvía a borrar, mi dimensión interna crecía como un árbol enamorado del cielo.

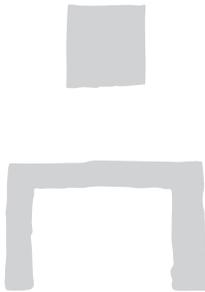


Cuando de mi cuerpo apenas quedaba el corbatín negro y el sombrerito de goma, y no había manera de escribir, entonces mi tierna Aurora, como un hada, me convirtió en llavero, es decir, en el amo de todos sus secretos guardados bajo llave. Atesoraba bajo mi sombrero un saco de montañas azules, de ríos navegables y soles inquietos que cruzaban el pecho de mi niña.

¡No creo, sinceramente, que ningún lápiz pueda guardar mejor aventura que la mía!



Edición digital
septiembre de 2018
Caracas, Venezuela



Aquí se cuenta la historia que una mina de carbón vivió en manos de una niña en un día de clases. El lápiz percibió el terror que sintió la pequeña Aurora ante el disgusto de la hermana Trina, su vieja maestra, quien descubrió algo en el pasillo donde estaba su pupitre. Tras emprender una experiencia inédita, el lápiz confesó haber vivido junto a la pequeña una enriquecedora y fascinante aventura.

Beatriz Pineda Sansone (Venezuela-Maracaibo, 1948)

Egresada *summa cum laude* de la Escuela de Letras de la Universidad del Zulia. Autora de los libros de cuentos: *Los ojos de la montaña*, *Las memorias del maestro Ramiro*, *Desvelos y añoranzas* y *Desde otro rayo*. Ha recibido premios, reconocimientos y distinciones por su labor educativa al frente de la Fundación Manzanita, el programa *La hora del cuento*, y *Azulejo*, el periódico de los niños del diario *La Verdad* (1998-2000).

Marcus Vinicius Koshiro Matumoto (Brasil, 1983)

Publicista, ambientalista y diseñador industrial. Especialista en comunicación creativa. Miembro de la Asociación de Ilustradores y Escritores de Literatura Infantil de Brasil. Ganador de varios premios, entre ellos, el Top of Quality Brazil 2012, por el diseño de productos de Shofarkids y el premio del Centro de Creatividad de Curitiba en 2006. Su pasión es crear personajes, muchos de ellos cíclopes. Sobre el cuento dice: “Me crucé con Aurora en más de una aurora. Por suerte, esta vez conversamos”.

